

LA HISTORIA

Una pasarela hecha moda

Por: **Shaiel Erazo**
Especial para La Moviola

Fotografías Por Andrés Romero Baltodano

Moda y revolución: el lenguaje de la vestimenta

Si crees que María Antonieta y el punk no tienen nada en común, piénsalo otra vez. Puede parecer una locura, pero en la moda, todo está conectado. La vestimenta siempre ha sido un reflejo de la sociedad y un medio de comunicación silencioso: un símbolo de estatus, una herramienta de poder o un acto de subversión. Cada época ha encontrado en la moda una forma de establecer jerarquías o desafiarlas, de marcar distancias o de derribar barreras.

En la corte francesa del siglo XVIII, la opulencia no era una simple cuestión de lujo, sino un mecanismo político. Los vestidos de María Antonieta no solo cumplían una función estética, sino que representaban el absolutismo y la jerarquía social. Las crinolinas expandían las faldas hasta extremos desproporcionados,

creando una barrera física entre la realeza y el pueblo; los corsés comprimían el torso, moldeando el cuerpo femenino a un ideal aristocrático que simbolizaba control y disciplina; las gorgueras de encaje, rígidas y elaboradas, eran un reflejo de la inmovilidad de la nobleza, pues su uso limitaba los movimientos y solo podía ser llevado por quienes no tenían que realizar trabajos físicos. Además, los bordados en hilo de oro, las telas de seda importadas de China y los encajes de Bruselas reforzaban la brecha entre las clases sociales: eran prendas inalcanzables para la mayoría, lo que las convertía en un recordatorio constante de la desigualdad.

Sin embargo, lo que alguna vez fue un emblema de exclusividad terminó siendo una sentencia.
El origen de lo "masculino" y lo "femenino" en la moda

Imagina por un momento que viajas

en el tiempo. Estás en la corte de Luis XIV, rodeado de aristócratas con pelucas imponentes, bordados exuberantes y, sí, tacones. La idea de que la ropa ha estado siempre dividida en "masculino" y "femenino" es, en realidad, bastante reciente. Durante siglos, la vestimenta fue más una cuestión de estatus, poder y funcionalidad que de género.

En el siglo XVII, los hombres vestían con una opulencia que hoy consideraríamos exclusiva de las mujeres. Bordados, encajes y capas dramáticas definían su silueta, mientras que los pantalones aún no dominaban su vestuario. En su lugar, usaban calzones ajustados con medias largas, un look que hoy veríamos más en una ópera barroca que en una oficina. Luego llegó la Revolución Francesa, y con ella, el "gran renunciamiento masculino": adiós a los colores vibrantes, a los brocados y al exceso. De repente, la sobriedad se convirtió en la norma para los hombres, mientras que la ornamentación y la diversidad se reservaron para la moda femenina.

Pero, ¿y los pantalones? Durante siglos fueron territorio exclusivo de los hombres. Las mujeres, incluso las aristócratas, estaban atrapadas en capas y capas de tela que hacían imposible moverse sin ayuda. Sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del XX, figuras como Amelia Bloomer y Coco Chanel comenzaron a cambiar las reglas del juego. Chanel, con su instinto infalible, vio en los pantalones no solo comodidad, sino una declaración de independencia. Y así, poco a poco, la prenda que una vez fue símbolo absoluto de masculinidad empezó a infiltrarse en el guardarropa femenino.

Hoy, el panorama es otro. Diseñadores como Jean Paul Gaultier, Yohji Yamamoto y Alessandro Michele han demostrado que las categorías de "masculino" y "femenino" en la moda son



construcciones históricas, listas para ser desafiadas. Rei Kawakubo, con sus siluetas deconstruidas, Ann Demeulemeester y su sastrería andrógina, y Phoebe Philo, con su minimalismo poderoso, han hecho del vestuario un espacio más libre y expresivo. La moda nunca ha sido estática; siempre se está reinventando.

Y es que la ropa no solo cubre cuerpos, sino que también moldea identidades. Las reglas que hoy parecen inamovibles seguramente serán distintas dentro de 50 años. La Revolución Francesa nos lo enseñó de manera brutal: lo que un día es símbolo de estatus, al siguiente puede ser sinónimo de decadencia. Los vestidos recargados que antes despertaban admiración se convirtieron en prueba del exceso y la desconexión de la monarquía con la realidad del pueblo. La caída de la nobleza trajo consigo una transformación en la moda: las mujeres abandonaron los corsés y abrazaron vestidos de muselina ligera, inspirados en la antigua Grecia, reflejando los nuevos valores republicanos de libertad e igualdad.

Sofía Coppola retrató esto de manera brillante en *María Antonieta* (2006), con el vestuario de Milena Canonero contrastando el esplendor

de la corte con la inminente caída de su protagonista.

Este fenómeno se ha repetido a lo largo de la historia. A principios del siglo XX, la silueta eduardiana, con sus corsés que imponían posturas rígidas y controladas, desapareció con la llegada de las flappers de los años 20. Ellas dijeron adiós a la opresión de las faldas largas y abrazaron los vestidos sueltos y el cabello corto a la *garçonne*. Esta transformación se puede ver en *Los miserables* (2012), con vestuario de Paco Delgado, o en *Jubilee* (1978), donde el diseño de Anthony Mendleson captura la anarquía punk que desafió todas las normas de la moda convencional.

Después de la Segunda Guerra Mundial, las mujeres se negaron a volver a sus roles tradicionales y lo hicieron notar en su apariencia. El cabello, más que un adorno, se convirtió en un símbolo de autonomía. Vidal Sassoon lo entendió mejor que nadie: en 1963, revolucionó la peluquería con cortes geométricos y minimalistas que rompieron con los peinados rígidos de décadas anteriores. Actrices como Jean Seberg y Mia Farrow convirtieron estos cortes en íconos de modernidad y rebeldía, algo que

el cine también supo capturar. *Blow-Up* (1966) retrata a la perfección la escena mod londinense, mientras que *Working Girl* (1988), con vestuario de Ann Roth, nos muestra cómo el cabello y la moda se convirtieron en herramientas de empoderamiento en el mundo laboral.

Lo mismo ocurrió con la minifalda. Creada por Mary Quant en los años 60, no solo acortó centímetros, sino que desafió un sistema de valores enteros. Su impacto fue tan fuerte como el de la moda republicana tras la Revolución Francesa: un acto de rebeldía hecho tela. Lo vemos en *Frida* (2002), con vestuario de Julie Weiss, donde la ropa no solo refleja identidad cultural, sino resistencia. También en *Roma* (2018), donde Anna Terrazas captura con precisión la evolución del vestuario en el México de los años 70, o en *Pájaros de verano* (2018), donde el diseño de Catherine Rodríguez muestra el choque entre la vestimenta tradicional wayuu y la influencia del narcotráfico en la moda.

Cada prenda cuenta una historia. En su contexto, es un discurso, un código que puede perpetuar normas o desafiarlas. Y el cine ha sabido capturar estos momentos en los que la moda no solo ha vestido cuerpos, sino también ideologías y revoluciones. Porque al final, la moda es eso: una manifestación en tela de quiénes somos, qué creemos y a dónde vamos.

¿Pasarela o protesta indirecta?

A veces, la protesta no necesita gritos ni pancartas. A veces, un vestido rasgado, una camiseta con un mensaje contundente o una pasarela convertida en un campo de batalla simbólico son suficientes para desafiar el sistema. La moda, lejos de ser solo una cuestión de estética, ha servido como una herramienta silenciosa—pero

poderosa—de resistencia. A lo largo de la historia, diseñadores han convertido la pasarela en un espacio de confrontación, utilizando la ropa como manifiesto político, como grito de guerra.

Vivienne Westwood - La moda como anarquía (Años 70 y 80): En plena explosión del punk británico, Westwood desafió a la monarquía y al sistema conservador con camisetas de protesta, faldas de tartán desgarradas y corsés reinterpretados como símbolos de resistencia.

Alexander McQueen - Highland Rape (1995): En este desfile impactante, McQueen usó la moda para denunciar la violencia histórica del Reino Unido sobre Escocia, con vestidos rasgados y modelos que parecían escapar de un conflicto invisible.

Hussein Chalayan - Después del exilio (2000): Su colección incluyó vestidos que se transformaban en muebles, una poderosa representación del desplazamiento forzado y la fragilidad de la estabilidad humana.

Viktor & Rolf - No (2008): Los modelos caminaron con frases como NO y Dream On en sus prendas, una protesta contra el ritmo inhumano de la moda y la superficialidad del mercado.

Rick Owens - Step into the Void (2013): En lugar de modelos convencionales, Owens usó bailarinas de stepping, una forma de danza afroamericana, en una declaración de poder y resistencia racial.

Karl Lagerfeld para Chanel - Protesta feminista (2014): Modelos como Cara Delevingne, una de las grandes representantes del look *Femme Fatale*, junto a otras modelos con el mismo estilo,



modelaron con pancartas de frases de empoderamiento femenino en una pasarela convertida en manifestación.

Dior - We Should All Be Feminists (2017): Maria Grazia Chiuri lanzó camisetas con el título del ensayo de Chimamanda Ngozi Adichie, fusionando moda y activismo.

Pyer Moss - American, Also (2017): Kerby Jean-Raymond usó su desfile para reivindicar la historia afroamericana en EE.UU., con imágenes de familias negras en chaquetas y referencias a la brutalidad policial.

Carlos Campos - La identidad migrante (2017): En un contexto de tensiones políticas sobre inmigración, presentó una colección que exaltaba la contribución de los latinos en EE.UU.

Willy Chavarria - Masculinidad, raza y resistencia (2018, 2021, 2025): A través de prendas oversized y referencias a la cultura latina, ha desafiado los estereotipos sobre la masculinidad y la identidad chicana.

Francisco Cancino - La revalorización del textil indígena



(2019): Rescató técnicas indígenas en su colección, mostrando que la moda tradicional es una forma de resistencia.

Carla Fernández – Moda y activismo indígena (2018, 2019): Ha trabajado con comunidades indígenas mexicanas para crear colecciones que respeten y visibilicen su trabajo.

Duran Lantink – El colapso del lujo (2020, 2023): Con su enfoque de moda deconstruida, Lantink convirtió el desperdicio textil en una crítica al hiperconsumo. Sus pasarelas presentaron prendas híbridas creadas a partir de piezas descartadas de marcas de lujo, cuestionando la exclusividad y las jerarquías del sistema de la moda.

Vetements – La protesta del anonimato y la hipermodernidad (2024, 2025): Demna Gvasalia ha convertido sus pasarelas en una crítica al consumismo y la alienación



digital, con modelos cubiertos, rostros ocultos y referencias a la pérdida de identidad en la era tecnológica.

La moda ha demostrado que una prenda puede ser más que tela y costura: puede ser un manifiesto, una denuncia, un símbolo de resistencia. Pero, más allá de la protesta, la pasarela se ha convertido en un lienzo donde se cuentan historias, donde la ropa ya no solo viste, sino que narra. Cada desfile es una puesta en escena, una declaración que trasciende la moda para convertirse en un acto performático. Si la vestimenta puede ser un grito de guerra, entonces la pasarela es su escenario. Ahora, exploremos cómo la moda ha evolucionado para convertirse en una narrativa visual que juega con el tiempo, la memoria y la emoción.

Las pasarelas como espacios de narrativa visual:

La moda siempre ha sido más que simple vestimenta: es un reflejo de su tiempo, un testimonio visual de las luchas, ambiciones y transformaciones de cada generación. Lejos de ser frívola o superficial, ha funcionado como un lenguaje silencioso con el que las sociedades han dialogado a lo largo de la historia, narrando cambios culturales y políticos sin necesidad de pronunciar una sola palabra.

Uno de los momentos que cambió para siempre la industria llegó en los años 50, con la aparición del *prêt-à-porter* (listo para llevar). Hasta entonces, la alta costura era la gran protagonista de la moda, un privilegio reservado para una élite que podía permitirse prendas hechas a la medida. Pero diseñadores como Christian Dior y Pierre Cardin entendieron que el futuro estaba en la democratización de la moda:

colecciones confeccionadas en serie, accesibles para más personas sin perder el sello de calidad y diseño. Esta revolución no solo transformó la manera en que la gente se vestía, sino que aceleró el ritmo de las tendencias y abrió debates que aún resuenan hoy, desde el consumo masivo hasta la sostenibilidad y la identidad dentro de un mundo cada vez más globalizado.

Con la llegada de los años 60, otra revolución sacudió la industria: Twiggy. Hasta ese momento, la feminidad se asociaba con sofisticación, madurez y curvas voluptuosas, pero Twiggy rompió con todo eso. Su silueta delgada, sus grandes ojos enmarcados por pestañas exageradas y su estética andrógina marcaron un antes y un después en la moda. La juventud dejó de ser una etapa de transición y se convirtió en el epicentro del estilo. Los vestidos cortos, las siluetas rectas y la actitud despreocupada tomaron las pasarelas, dejando atrás la elegancia sobria de las generaciones anteriores.

Pero Twiggy no solo fue una modelo; se convirtió en el rostro de un cambio social. Su imagen trascendió las revistas de moda y las pasarelas para convertirse en un fenómeno cultural. Con ella nació el concepto de *top model*, una figura que más adelante se consolidaría con nombres como Naomi Campbell, Claudia Schiffer y Kate Moss, mujeres cuya influencia no se limitó a la moda, sino que se extendió al cine, la música y el activismo. Hoy, Twiggy sigue vigente, participando en colaboraciones, proyectos de diseño y apariciones en medios, demostrando que su impacto fue mucho más que una tendencia pasajera: fue una revolución en sí misma.

Los años 70 y 80 trajeron consigo otro gran cambio. Vivienne

Westwood rompió las reglas fusionando la opulencia del siglo XVIII con la crudeza del punk. Corsés, faldas voluminosas y tejidos lujosos se encontraron con tartanes, tachuelas y mensajes de protesta. Pero su revolución no se limitó a la ropa: entendió el poder del espectáculo y lo convirtió en parte esencial de su narrativa. Su hijo, Joe Corré, fue clave en la construcción de su universo visual, asegurando que la provocación siguiera siendo su sello. La teatralidad de sus pasarelas también se vio influenciada por el cineasta Derek Jarman, quien aportó una estética cinematográfica cargada de simbolismo. En la materialización de estos mundos también trabajó el escenógrafo Simon Costin, cuyas colaboraciones en la industria de la moda marcaron un antes y un después en la fusión entre escenografía y vestuario.





Más tarde, con la consolidación del *prêt-à-porter*, la pasarela dejó de ser un simple desfile estático para transformarse en una experiencia. Lo que inició en los años 50 como una estrategia comercial terminó sentando las bases para lo que vendría después: desfiles que no solo mostraban moda, sino que construían mundos. Figuras como Alexandre de Betak revolucionaron la dirección de arte de los desfiles, trabajando con marcas como Dior, Saint Laurent y Fendi para convertir las pasarelas en instalaciones artísticas de gran magnitud.

Ya en el siglo XXI, las diseñadoras comenzaron a redefinir los límites de la moda y la tecnología. Desde finales de los 2000, Iris van Herpen ha convertido sus desfiles en espectáculos futuristas donde el diseño digital, la impresión 3D y la experimentación textil han borrado los límites entre lo artesanal y lo científico. Su colección *Crystallization* (2010), donde una prenda parecía materializarse como agua sobre el cuerpo de la modelo,

marcó un antes y un después en la fusión entre biología, moda y tecnología. Para lograr esta visión, ha trabajado en estrecha colaboración con artistas como Philip Beesley, quien ha desarrollado estructuras interactivas que responden al movimiento y la luz, creando una atmósfera casi mística en cada desfile.

Otra figura clave en la transformación de la pasarela en un espacio de narrativa sensorial es Marine Serre, quien desde 2016 ha utilizado sus colecciones para explorar la moda como un lenguaje de supervivencia. Sus desfiles han retratado escenarios distópicos que cuestionan la crisis climática, el reciclaje y la identidad cultural, como en *Marée Noire* (2019), donde presentó ropa hecha con materiales reutilizados en un contexto apocalíptico que evocaba derrames de petróleo y contaminación ambiental. En la materialización de estos escenarios ha contado con la colaboración de Bureau Betak, el icónico estudio de producción

detrás de algunos de los desfiles más impactantes de la industria.

Miuccia Prada, por su parte, ha desafiado constantemente los códigos tradicionales de la feminidad, redefiniéndola a través de una estética intelectual y empoderada. En Prada, ha reinterpretado el lujo con un enfoque minimalista pero disruptivo, incorporando elementos que históricamente se consideraban masculinos, como el tuxedo y el Cortez, y transformándolos en piezas que logran un equilibrio perfecto entre poder y delicadeza. Mientras que en Miu Miu, su visión ha sido más irreverente y juvenil, jugando con referencias a la moda escolar, la provocación y la rebeldía sofisticada. La escenografía de sus desfiles, muchas veces diseñada por AMO (el brazo de investigación de OMA, el estudio del arquitecto Rem Koolhaas), ha sido clave en la creación de sus atmósferas vanguardistas, desdibujando la línea entre arquitectura y moda.

En los últimos años, diseñadores emergentes han aportado nuevas perspectivas a la moda. Sandy Liang ha sabido capturar la nostalgia contemporánea a través de una estética que mezcla la feminidad con referencias al *streetwear* y a la moda infantil de los años 90. Su inspiración proviene de su infancia y de las prendas que su madre le confeccionaba, llenas de detalles cuidadosamente elaborados y un cariño palpable en cada puntada. Este nivel de meticulosidad y afecto se traduce en su marca, donde los lazos, las faldas tipo ballet y los acabados delicados se combinan con siluetas relajadas y una actitud desenfadada.

Demna Gvasalia, al frente de Balenciaga, ha convertido la pasarela en un comentario social que trasciende la moda. Desde el hiperrealismo de sus escenarios,

como la pasarela cubierta de nieve artificial en *The Mud Show* (2022), hasta la recreación de oficinas gubernamentales en *Clones* (2021), sus colecciones han servido como críticas a la alienación digital, la política y la crisis de identidad en la era contemporánea. Sus colaboraciones con el escenógrafo Nicke Bildstein han sido fundamentales en la construcción de estos mundos distópicos, donde cada detalle refuerza la visión de la marca.

En la misma línea de exploración conceptual, Jonathan Anderson, actual director creativo de Loewe, ha llevado la moda a un nivel donde lo surrealista y lo funcional se encuentran. Sus desfiles han desafiado la percepción de la moda cotidiana con piezas escultóricas, como en *Otoño-Invierno 2022*, donde convirtió siluetas convencionales en estructuras rígidas que parecían congeladas en el tiempo. En colaboración con artistas y escenógrafos como Anthea Hamilton y los diseñadores de producción de Gup Productions, Anderson ha transformado las presentaciones de Loewe en instalaciones artísticas, explorando la relación entre la vestimenta y la abstracción.

Así, la moda se ha convertido en un espacio donde la historia, la cultura y la innovación convergen. De ser un simple escaparate de tendencias, ha evolucionado hasta convertirse en una forma de arte en movimiento, un escenario donde cada silueta, textura y puesta en escena no solo refleja su tiempo, sino que lo transforma. *Hoy, las pasarelas son más que escenarios de tendencias: son espacios de narrativa visual.*

La moda en Colombia: una identidad en evolución

Si algo nos ha enseñado la historia de la moda en Colombia es que nunca ha sido estática. Ha mutado, se ha adaptado, ha tomado prestado y ha reinventado. Lo que alguna vez fue una simple imitación de tendencias extranjeras, hoy es una voz con acento propio en el escenario global. Los diseñadores colombianos han demostrado que vestirse no es solo cuestión de telas y cortes, sino un acto de identidad, memoria y transformación. La moda aquí no es solo confección; es una conversación con la historia, la política y la cultura.

Pero este fenómeno no es exclusivo de Colombia. La moda siempre ha sido más que ropa: es un mapa de influencias, de conexiones invisibles entre épocas y lugares. Durante siglos, Europa dictó las reglas del juego. La corte francesa con su opulencia barroca, la sastrería británica con su elegancia contenida, la rigidez de los códigos victorianos... todo eso cruzó el Atlántico y se instaló en América. La vestimenta no solo diferenciaba clases sociales; también imponía valores, normas de género y estructuras de poder. Y Colombia, como parte de esta historia, no fue la excepción.

Con la llegada de los colonizadores, las comunidades indígenas vieron cómo su manera de vestir—sus tejidos, sus símbolos, sus colores—se mezclaban, se transformaban o, en muchos casos, eran reemplazados por normas que buscaban imponer una estética europeizada. Durante siglos, el vestuario en el país estuvo marcado por esta tensión entre lo propio y lo ajeno. La moda se convirtió en un territorio de negociación, en un juego entre lo impuesto y lo reinterpretado.

Pero en el siglo XX, algo cambió.

La aristocracia bogotana abrazó la moda parisina como un dogma: vestidos de gala estructurados, guantes de encaje, sombreros importados, una obsesión con la alta costura francesa que definió la estética de las élites. Mientras tanto, el Caribe, con su vibrante intercambio comercial, tejía una historia distinta. Aquí, las influencias venían de todas partes: la frescura del lino cubano, los estampados caribeños, el glamour relajado de la Riviera Francesa. La moda colombiana no se limitó a copiar; encontró su propio acento en esta mezcla de culturas, creando un lenguaje donde lo ancestral y lo moderno convivían en una misma prenda.

Hoy, la moda en Colombia es todo menos homogénea. Es diversa, vibrante y en constante movimiento. Ya no se trata solo de seguir tendencias extranjeras, sino de construir una identidad con raíces y visión de futuro. Diseñadores, artesanos y creadores han convertido al país en un punto clave del mapa de la moda global. Y para entender cómo llegamos hasta aquí, no basta con mirar lo que tomamos prestado; hay que reconocer los momentos de ruptura, de resistencia y de reinvención que hicieron posible que la moda en Colombia hablara con su propia voz.

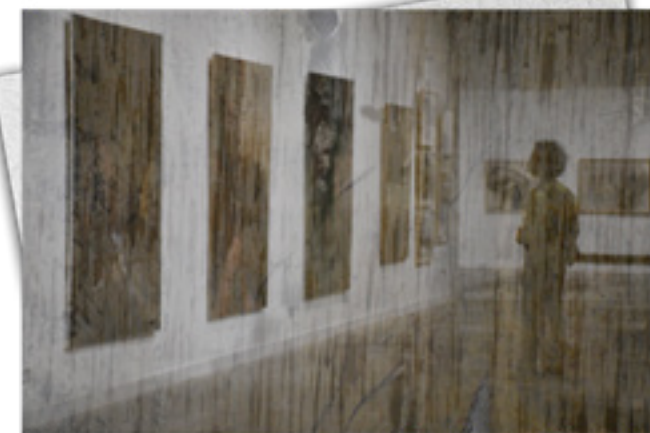
La moda en Colombia: una identidad en evolución

La moda en Colombia ha sido, desde siempre, un reflejo de su historia: una mezcla de herencias, influencias y rupturas. Durante siglos, las clases altas miraron a Europa en busca de inspiración, adoptando las tendencias de París y Madrid con una precisión casi religiosa. Los textiles finos, los cortes estructurados, la elegancia impuesta desde el otro lado del Atlántico... todo parecía

dictado por el viejo continente. Pero la moda en Colombia nunca fue una copia exacta. En Bogotá, la sobriedad y la estructura marcaron el estilo de la élite, mientras que en el Caribe, las telas livianas y los colores vibrantes se convirtieron en una respuesta natural al calor y la humedad. La geografía, el comercio y la diversidad cultural jugaron un papel clave en la forma en que el país empezó a escribir su propio lenguaje estético. Entre los siglos XVIII y XIX, Bogotá se convirtió en un epicentro de sastrería. Maestros artesanos confeccionaban trajes de corte europeo adaptados al clima y a las costumbres locales. No llevaban el título de “diseñadores” en el sentido moderno, pero fueron pioneros en la creación de una moda con identidad propia. Nombres como Luis Acuña y Carlos Nieto vistieron a la alta sociedad bogotana con la misma meticulosidad que se veía en París o Madrid. En Cartagena y otras ciudades del Caribe, modistas anónimas creaban vestidos vaporosos influenciados por el comercio transatlántico, mezclando tejidos europeos con técnicas locales de confección. Estas figuras, muchas veces olvidadas en los relatos oficiales de la moda, fueron clave en la adaptación y evolución del vestuario colombiano.

Pero si hubo un punto de quiebre en la historia de la moda en Bogotá, fue el 9 de abril de 1948. El Bogotazo no solo cambió la política del país, también transformó su forma de vestir. La destrucción del centro de la ciudad golpeó a los negocios de sastrería y alta moda que vestían a la élite. La sofisticación afrancesada comenzó a mezclarse con una estética más funcional. El país dio un giro hacia una moda más accesible, más versátil, reflejando los cambios en la estructura social y la llegada de una clase media con nuevas aspiraciones. La moda en

Colombia no nació en los talleres de sastrería ni en las vitrinas de las boutiques. Mucho antes de que los colonizadores impusieran sus normas de vestimenta, las comunidades indígenas ya dominaban el arte textil. La cultura Zenú, por ejemplo, perfeccionó los tejidos en caña flecha, creando patrones geométricos que, aún hoy, sobreviven en los icónicos sombreros vueltiaos. Para los Wayuu, el tejido es un lenguaje propio: cada mochila que tejen es un código simbólico, una historia sobre linajes, protección y conocimiento ancestral. En la región andina, los Muisca trabajaban el algodón y la lana con técnicas avanzadas, creando ruanas que no solo abrigan, sino que también llevaban consigo siglos de tradición.



Las raíces de la moda colombiana no están solo en los textiles, sino también en la orfebrería. Las piezas de oro de la cultura Quimbaya, con sus formas zoomorfas y antropomorfas, eran más que adornos: eran símbolos de estatus, espiritualidad y conexión con lo divino. Siglos después, este conocimiento sigue vivo en la alta joyería colombiana. Diseñadores como Mercedes Salazar han sabido rescatar esta herencia y llevarla al mundo sin perder su esencia artesanal.



En los últimos años, la moda en Colombia ha dado un giro hacia una visión más consciente y sostenible. Ya no se trata solo de estética, sino de identidad. Diseñadores como Olga Piedrahita, Johanna Ortiz, Esteban Cortázar y muchos otros representantes del gremio han sabido traducir esta riqueza en colecciones que dialogan con el pasado sin quedar atrapadas en él. Además, marcas como **Old Maquiina**, **8**, **Mercedes Salazar**, **Verdi** y **Cubel** han demostrado que el diseño colombiano es mucho más que una reinterpretación de lo artesanal: es innovación, es narrativa visual, es la capacidad de contar historias a través de las prendas sin miedo a proponer. Su enfoque va más allá de seguir tendencias; exploran el futuro con una identidad propia, desdibujando los límites entre arte, moda y experimentación. La moda colombiana ha encontrado su propia voz, una que no imita, sino que reinterpreta y proyecta lo que está por venir.

A pesar de la percepción global homogénea sobre cada región, la moda en Colombia es diversa y cambiante. Cada persona, incluso cuando elige un pantalón y una camisa “cualquiera”, está tomando una decisión influenciada por su historia, su entorno y su personalidad. Si bien hay tendencias dominantes en cada zona, esto no significa que todos se vistan igual. En los últimos años, ha surgido una ola de diseñadores y marcas que han ampliado el panorama de la moda latinoamericana, dándole al país una mayor visibilidad internacional. Colombia ya no es solo un receptor de tendencias globales; es un creador, un actor con voz propia en la industria de la moda.

Desde las pasarelas de París hasta los talleres de artesanos en Boyacá, la moda en Colombia es el resultado de siglos de adaptación, resistencia y evolución. Su historia sigue escribiéndose. Y lo mejor de todo es que aún está lejos de su última puntada.

Glosario:

Absolutismo: Sistema de gobierno en el que el monarca concentra todo el poder sin limitaciones legales o constitucionales.

Bob: Corte de cabello corto y recto popularizado en los años 20, asociado a la independencia femenina.

Caña flecha: Fibra vegetal utilizada por la comunidad Zenú para la confección del sombrero vueltiao, una de las piezas más icónicas de la moda colombiana.

Crinolinas: Estructuras de metal, mimbre o crin de caballo utilizadas en el siglo XIX para dar volumen a las faldas de los vestidos.

El “gran renunciamiento masculino”: Término utilizado por el historiador John Flügel para describir el cambio de la moda masculina tras la Revolución Francesa, cuando los hombres abandonaron los colores y adornos en favor de un estilo más sobrio y funcional.

Gorgueras: Cuellos rígidos y plisados de encaje usados en los siglos XVI y XVII, especialmente por la aristocracia europea.

Nouvelle Vague: Movimiento cinematográfico francés de finales de los años 50 y 60 caracterizado por su estilo experimental y su rechazo a las convenciones del cine tradicional.



Pixie cut: Corte de cabello extremadamente corto, popularizado en los años 50 y 60 por actrices como Audrey Hepburn y Mia Farrow.

Prêt-à-porter: Término francés que significa «listo para llevar» y que hace referencia a la moda producida en serie, accesible para el público general, en contraste con la alta costura.

Tartán: Tejido de lana con un patrón de cuadros, típico de Escocia.



Narrativa: Forma en que se cuenta una historia o se estructura un discurso.

Distópico: Relacionado con un futuro imaginario negativo o represivo.

Hiperrealismo: Estilo artístico que imita la realidad con detalle extremo.



Fotografía de Gabriela Medina Guevara (2023)



Alexitimia . Fotografía de
Gabriela Medina Guevara
(2023)



Alexitimia . Fotografía de
Gabriela Medina Guevara
(2023)



Fotografía de Gabriela
Medina Guevara (2023)



Fotografía de Gabriela
Medina Guevara (2023)